Hiber Conteris, Claudio Trobo

por Angel Rama

DOS NOVELISTAS DE UNA NUEVA GENERACION

¿Dónde están los nuevos narradores? nos preguntábamos en estas mismas páginas el año pasado, constatado con la obra de un escritor —**Nos servían como de muro**, de Mario C. Fernández— donde veíamos aparecer con nitidez las características de un nuevo estilo que estaba en el aire y que por primera vez se consolidaba en una creación de calidad. Con ella se generaba una novedad con respecto a los últimos veinte años de prosa narrativa, pero ya fue dicho que una golondrina, y mucho más en nuestro país, no hace un verano. Había que esperar, y la espera no fue larga.

Detrás de Fernández aparecieron otros libros —bastaría citar **Tan solos en el balneario** de S. Lago y **Los días siguientes** de E. Galeano— que aunque muy distintos mostraban puntos de contacto, tanto temáticos como estilísticos con aquél. Los tres libros que tenemos ahora sobre la mesa pertenecen a la misma familia, lo que nos autoriza a afirmar que ahora sí el verano se ha hecho: estamos en presencia de una escuela narrativa nueva, ya formada, la que a su vez es parte importante de la nueva generación literaria que en estos años ha aparecido en el Uruguay, con plurales manifestaciones en la poesía, en la prosa, en el teatro y en la ensayística.

Estos tres libros pertenecen a dos escritores que están en la veintena y que habían sido mencionados en el Concurso de "MARCHA" que se llamó el año pasado. Son Hiber Conteris con **Cono Sur**, y Claudio Trobo que presenta simultáneamente dos obras: **Sin horizonte**, que fuera seleccionada en el citado Concurso, y **Los amigos**, que publica Alfa.

Los narradores de esta escuela son montevideanos y realistas, pero en el primer caso no buscan el pintoresquismo sino que explayan el mundo social en que se mueven, a veces sus propias vidas cotidianas, y en el segundo ya no repiten las fórmulas del naturalismo, sino que han leído con cuidado los neorrealistas del XX, en particular esa línea que va de Hemingway a Pavese, y sin duda han visto mucho cine.

Los dos autores que ahora surgen pertenecen al mismo estado de cultivo encontrado en Cono, y otro les mismos personajes de una burguesía liberal, pónoda, levemente escéptica y semicínica; las mismas reuniones donde alcohol más sexo tratan de poner un chispeo que anubre el aburrimiento y la rutina; los mismos jóvenes ecuánimes, más dados que antiguo a la política como expertos; la misma apelación algo desesperada a la sensualidad o al instinto para que los rija en un mundo caótico, gris, sin interés. Pero las respuestas que ambos escritores ofrecen a ese mundo similar al que se enfrentan son distintas; más aún, diametralmente opuestas. Mientras Trobo hunde con una tenenera voluntariedad sus criaturas en esa nada con la secreta ambición de poder destruirlas —lo hace en *Los amigos* que da un nuevo y más desalentado final a la esperanza chica con que concluye *Sin horizonte*—, Hiber Conteris ofrece una visión más amplia, más nutrida, de la realidad, opone hemisferios distintos de la tierra americana, «européose y norteamericano» que intuye como de necesaria complementarlo, y data a sus criaturas, casi a todas de un rebuslio vital, esperanzado, que infunde al relato un aire cordial.

Quizás ello se deba en buena parte al distinto ángulo de experiencia desde el cual cada uno de los autores asoma a esa realidad común que examinan y recrean: mientras Trobo parte de un encierro montevideano, estructuye personajes que nacen, viven, se aburren dentro de él y nada más pueden concebir que no esté dentro de esos límites, Conteris contempla su ciudad y sus gentes con los ojos de un extranjero —un boliviano exilado— y eso, al mismo tiempo que le permite calibrar con mayor amplitud las características del tipo nacional, sus virtudes y sus limitaciones, le lleva a oponerle otros modos de ser, otra fuerza vital, más desordenada pero no definitiva más creadora. El Montevideo de las novelas de Trobo es un gran diorama gris, como una enorme ampliación fotográfica donde se confunden los matices y donde nada se hace relevante; el de la novela de Conteris es esa misma amplitud, pero cuidadosamente observada en su singularidad, tal como nuriamos nosotros visitando una ciudad extranjera, fotografiando aquello movidiendo y volumen a medida que sus detalles llaman la atención del forastero.

★ *¿Un alegato generacional?*

Cono sur cuenta dos historias paralelas, que se van alternando en capítulos sinóticos, con una unidad que establece el mismo protagonista: la vida de Haberly, periodista, profesor, aprendiz de político en Bolivia, tratando de luchar contra la inmoralidad de algunos jefes que aprovechan para sus intereses privados los afanes revolucionarios, tirocedo entre su austera madre y una joven pasiónaria, y la vida de Haberly en Montevideo, como exilado, conviviendo la existencia de un grupito de jóvenes uruguayos, compartiendo sus fiestas, de paso algunas orgías, y concediéndose a una repentina pasión sentimental. Las dos historias no alternan caprichosamente, sino que entre ambas se establece un diálogo que es casi el diálogo de las tierras americanas, sus respectivos crecimientos están graduados por el autor para que, por debajo de los diversos acontecimientos que se cuentan, el lector vaya siguiendo un subtexto que ilumina y explica racionalmente las experiencias narradas, haciéndolas ingresar en un esquema de preocupación moral y social.

La novela fluye con una envidiable capacidad del autor para esa condición primera del narrador: interesar, atraer, captar la atención del lector, insertarlo en un decurso de hechos, personajes, situaciones, que resultan novedosos, siempre amenos, con bien dosificadas variaciones, llevarlo a través de 175 páginas por un mundo que aunque conocido tiene relumbres inéditos y que se sirve por una visión en simpatía que aunque imprime frescura y vivacidad al relato también lo sella con un mohoroismo afectivo. Pero el autor no sería el hombre preocupado que es por los grandes problemas de la hora y de la naturaleza humana, si no fuera capaz de desprender de esto acaecer menudo, ligero y suelto, una sombra grave, meditativa. Sus propios personajes están elegidos entre aquellos —un ex legado, una profesora de francés, la hija de un ministro, un dilettante de arte, un periodista revolucionario— que se limitan a vivir sino que reflexionan sobre este vivir, tratando de conocer cuál es la conciencia que corresponde a esa existencia.

Haberly en Bolivia es un hombre tradicionalmente del ideal revolucionario que ha sacudido el país en los últimos años, y es en base a ese ideario que actúa contra Baldizán, el jefe político de Santa Cruz acusado de tráfico de estupefacientes, un hecho real apenas revelado por el autor: *"El mal endémico de Bolivia, desde que llegamos a constituirnos como nación, había sido el enfrentamiento de dos grupos sociales disímiles y contrapuestos, y la obliteración devastada que el grupo dominante había querido imponer al otro. Era una partición que nos cortaba transversalmente, en planos geográficos y éticos. A un lado los restos numéricamente mayoritarios de una raza y una cultura remanente, ahora sometida, despedida pero siempre rebelde; al otro la hegemonía unilateral de un sector usufructuario de los grandes privilegios. Contra esa arbitrariedad la esa segregación se había levantado el Movimiento. Para acabar con ese habíamos hecho la revolución. ¿Cómo admitir, ahora, que en el propio seno de la revolución resurgían las mismas diferencias, nuevos privilegiados y nuevos perseguidos, nuevos grupos unidos a causa de la exención y del despojo, y nuevas víctimas de la glotonería con que unos pocos se habían arrojado sobre el país reconquistado, como un botín mucho tiempo perseguido al que había que hincar el diente como a un mejor que se pudiera?"* De este modo Haberly explicita el sentido de la revolución —más íntegramente encarnada en el más reciente, más auténtico Bolivia— no como un ideal político sino también el espíritu de una nueva generación.

Haberly en Montevideo se transforma así en el testigo de sus compañeros de generación en el Uruguay y ellos confirman la premisa enfocada en *Cono Sur* de la realidad nacional: *"Este es un país de expectadores. Un país de espectáculos consecuentes, pero inhibidos para actuar. Dentro sus energías en el medio, hasta que llegó a ser perfectos críticos artísticos, a esa objetividad milenaria que se ha difundido igual (hay ultimo tiempo) en el arte y en el amor, en la literatura toda; el cine, la música, las mujeres, lo que se hace y lo que no se hace, la pintura crítica) la acción concreta nueva mediatizada, encadenada, es víctima del propio análisis. Ya forma parte de un mundo diferente de una estirpe más angustiada por los hechos concretos, menos lúcida, más traumatizada por la necesidad de acción. Por eso observamos; nos urgentemente. Hemos ocurrido que los hechos están tan perfectos. Hay que elegir entre la perfección y la realidad"*

Más que una oposición de dos países o dos sociedades americanas, nuevamente puede leerse aquí la oposición de dos generaciones de nuestra propia tierra. Haberly representa una vida nueva, juvenil, ansiosa de hacer, de actuar en lo concreto reponiéndose así a esa *apatía* que pudiera tipificada en el abogado Saldívar de la novela que se dice integrante de *"la juventud de esta época de crisis"*, y quien afirma: *"¿Queremos decirme a cuál de los grandes sistemas pertenece nuestra generación? Al de mis abuelos, positivamente no. Pero a este mundo que se asoma, a éste que ya está alentando bajo los cuatro costados para que no se derrumbe entre de tiempo, a este tampoco pertenecemos. Si alguna cosa significa ser una generación de crisis, estoy seguro que es eso. Yo me identifico, sin ningún orgullo, con esa generación flotante. Ahora decíme, ¿te parece que a esta generación le queda algo por hacer, aparte de esa liberación mínima, es decir desperrado de apurarte al instante que rescatás del trabajo y del sueño y lo consagrás a vos mismo, a tu placer? Y mirá que no pienso exclusivamente en el placer nocturnoblo... Pienso en otros espacios de placer, innumerables. El placer intelectual de comprenderte mejor y arriesgar el interés de comprender el mundo en una película de Bergman o de Antonioni, por ejemplo. Pero compromiso, no. El compromiso no es placer. Y aquí, en mi país, la política ni siquiera es compromiso"*

Cuando se publicó el libro de Mario C. Fernández, un joven crítico anotó en el mismo semanario que mantenía generación del 45, enjuiciada por su aparente falta de compromiso. Si allí era más que imprecisa esa tipificación, aquí en cambio es explícita, al punto de que toda la novela se sostiene en base de su individualidad y autonomía, tiene un aire de alegato generacional, el planteo de una actitud ante la vida, que al perfeccionismo y la lucidez opone la fuerza de la creatividad en el relativismo del mundo imperfecto donde se mueve.

★ *Una situación bloqueada*

Sin horizonte de Claudio Trobo —decíamos— da una respuesta distinta a la misma realidad, pero quien lea con cuidado que tendrá ocasión de encontrarla bajo su epidermis gris de apariencia impasible, un desosiego y una rebeldía que acaban por cansar de la náusea. Lo que instaura el clima árido es la narración en la inopacidad de las criaturas novelescas o la imposibilidad del autor para encontrar salidas a una situación, que instaura el bloqueo espiritual, pero ella ha sido definida con vigor y con aproximación efectiva.

Su personaje central es un joven periodista, quien es también en la novela

(Pasa a la pág. siguiente)

Dos novelistas de una nueva generación

(Viene de la pág. anterior)

rodeado de su ambiente profesional —la redacción de un gran diario— y del privado —una historia de adultérios, pero tanto el personaje como las situaciones concurren a una explanación de ese mundo periodístico, que ya tentara a otros escritores. (Recuerdo una obra teatral de Plaza Nobilia sobre el mismo asunto). El hecho de que el autor sea desde hace siete años periodista explica que estemos en presencia de materiales de primera mano, —no siempre resueltos con destreza— y de un conocimiento amplio, tanto de la función como de sus efectos sobre los ejercitantes. Más aún; no parece necesario recordar aquella famosa observación de que es la existencia la que determina la conciencia, para desprender de la lectura de la novela la convicción de que el personaje está determinado, en sus ideas y en su comportamiento, por esa profesión que ejerce en un gran diario.

Es visible que el autor aspira a la objetividad, a un narrar impasible, —a veces desbordando hasta el punto de desarticular la fluencia novelesca, a una simple presentación de hechos. Pero tanto este sistema —que llamaríamos de la falsa objetividad o de la objetividad por comprensión— como los nexos que se historian, vienen cargados, ya que no de rebelión, de íntima desadaptación. *"El periodismo —dice el protagonista— es como cualquier otro trabajo; un terrible vicio. Es cumplir órdenes continuamente sin saber por qué. Siempre hay que escribir lo que a uno le mandan. No hay otra alternativa. Me dicen que escriba contra lo que yo creo y me pago que hacerlo. La empresa tiene ideas propias y hay que cumplirlas. Pero yo estoy totalmente insensibilizado". Y más adelante: "Diez años en un diario te convierten en un sadomasoquista, en un espectador del drama o la comedia que te rodea. Nunca tomás parte de las sensaciones de los demás. Te acostumbrar a mutar en la mente lo que ves, lo que observás. Todo es material inventario y nada más"*

En calidad de "expectadores" de meros "críticos lúcidos" que denunciaba el Haberly de la novela de Conteris aquí se comprueba en su realidad circunstanciada. Y aún ni siquiera son eso sino pasivos autómatas que cumplen órdenes y que ponen su talento al servicio de los que ejercen el poder. Tan grande poder, que ni siquiera la idea de rebelión roza al personaje, ni siquiera la intuición de otro modo de vivir, de otro modo de ser periodista, y se limita a afirmar que *"un diario es solo lo que podía ser: una forma de ganar dinero"*. Es al lector que corresponde dar la réplica que Trobo no ofrece, pues no la presenta en ninguna otra criatura de la obra, ni en ninguna coyuntura del desarrollo narrativo. Trobo confía en que el lector, a través de este gris testimonio de la trituración de un ser humano, de la liquidación minciosa de toda posibilidad de fe, de creencia, de vida, para decirlo con una sola gran palabra, haré el balance pertinente y pronunciará la condenación sobre el "sistema" y sobre el propio personaje que encarna sus efectos. De ahí que la obra tenga, aunque en sentido negativo, un signo moral, como la obra de Conteris, y busque crear en su lector la certidumbre del efecto deleléreo que tiene sobre la vida juvenil esa falsificación constante a que está sometida la existencia

★ *El infierno de la sensualidad*

El único territorio propio que descubre el periodista Haberly, en cada vez el que descubren los personajes de *Los amigos*, es el de la sensualidad, y a él se abrazan gustosamente, aunque allí también les espera una trampa, la que Eduardo definiría como el "fantasma pasión" que termina por correr la personalidad.

Esa experiencia de la sensualidad libre, de su equipiración a otras funciones orgánicas, desopilándosela de atributos sentimentales superiores, viene siendo reconocida por buena parte del arte contemporáneo —Antonioni, por sin— como un fenómeno de extravío y disolución. Las tres novelas que comentamos muestran simultáneamente la misma tentación placentera y la misma comprensión desentrada, aunque con diverso signo. En *Cono sur* de Conteris el personaje es definido por su violencia sensual, que aparece en la realidad resulta mucho más reflexivo que sensual, pero en el mismo momento en que se entrega a una pequeña orgía a cuatro en un automóvil frente al mar, no deja de percibir "que había un desafío implícito contra la vida en aquel desafuero, una desesperada, estúpida rebeldía. Era algo indefinible, sustancial, que había comenzado a gaborear un poco antes, que se quedaba ahora estaba presente". Era algo sustancial, quizás sean las que en otro lugar llama las "dos o tres experiencias fundamentales en que consiste la vida: soledad, amor, encuentro y posesión del tesoro, lo único que nos pertenece de modo irrenunciable".

En las dos novelas de Trobo, en cambio, la entrega a la sensualidad equivale al uso de una droga placentera para poder seguir viviendo y no tener que encarare con la realidad. Tedoria en *Sin horizonte* hay un intento de escapar a sus efectos, a pesar de que el planteo, desarrollo y desenlace del tema sentimental resultan inconvincentes, forzados. Los amigos la sensualidad cumple su ciclo total y conduce, por genital acepación, al infierno. Es Eduardo el que lleva la tensión de esta novela, la pobreza de sus diálogos, su escasa originalidad en el desarrollo del tema, que frustran el intento de mostrar los sucesivos círculos infernales por los que transcurre se desliza en la escala de los sentidos corporales. Es normal que esta personaje pueda afirmar que "la vida es únicamente sensualidad". Enchiquitados, bloqueados, carentes de ideales que fisguen el vivir, sustituyéndolos por fugaces encuentros corporales que no salen al mundo de comunicación de lo sentimental, terminan disgregándose en las mil variantes de la sensualidad. Ilustrarlo así revela, de cualquier modo, una última rebelión, un deseo de salvarse. ¿Pero hay alguien, de fuera, que tiende la colina cuando se está perdido en la selva oscura? ¿La sociedad a que pertenecen y a la que algo moralmente exige tan sin enlocar a la vez el mea culpa que les cabe, les ofrece algún aliento o que no sea terrenal